

# Las mujeres españolas en la Argentina

*Lily Sosa de Newton*

## **Las fundadoras**

La presencia de las españolas en el Río de la Plata se registró desde el mismo momento en que arribaron los barcos de los conquistadores, al mando de don Pedro de Mendoza, en 1536. Aquellas audaces ignoraban las pruebas que las aguardaban, las mismas que a los hombres venidos a estas costas para fundar una población. Fueron alrededor de veinte, y entre ellas estaban María Dávila, compañera y legataria del Adelantado al que asistió en su regreso a España, e Isabel de Guevara, que lograría hacer de su nombre un símbolo gracias a la carta que envió a la princesa doña Juana el 2 de julio de 1556, es decir, veinte años después del doloroso abandono de la incipiente capital. Sabidas son las penurias de los fundadores a partir de 1536, acosados por el hambre y las enfermedades y obligados a abandonar el mísero caserío para ir a Asunción antes de que los indios dieran cuenta de ellos. Veinte años después Isabel de Guevara abogó por el derecho a recibir su parte, con el marido, Pedro Esquivel, en los repartimientos de tierras e indios que hacía la corona y expuso, con vívidas y conmovedoras palabras, las penurias del viaje en el cual fueron las mujeres quienes asumieron la tarea de gobernar los dos bergantines río Paraná arriba. Los hombres estaban tan extenuados que no podían cumplir su tarea y ellas se ocuparon de gobernar el timón, manejar las velas, echar la sonda y tomar los remos cuando los hombres no tenían fuerza para bogar, además de curarlos, alimentarlos y darles ánimo. Sus propias palabras lo dicen con elocuencia: «...fue tamaña la hambre que al cabo de tres meses murieron los mil (habían llegado mil quinientos)... Vinieron los hombres en tanta flaqueza que todos los trabajos cargaban las pobres mujeres... sargenteando y poniendo en orden los soldados...» Ya en Asunción, tuvieron ellas que desmontar terrenos, arar, sembrar y cosechar hasta que los hombres se repusieron. Por todo esto se había sentido relegada por quienes tenían el poder de retribuir tanta abnegación y habían repartido bienes «sin de mí y de mis trabajos se tuviese ninguna memoria y me dejaron de fuera sin me dar indios ni nengún género de servicio.»

De aquella primera fundación ha quedado otro nombre que fluctúa entre la historia y la leyenda y que conocemos gracias a la obra *Argentina y conquista del Río de la Plata*, del arcediano Martín del Barco Centenera y es la mujer conocida como «la Maldonada». Las autoridades la condenaron a ser devorada por las fieras por fugarse a tierra de indios y la salvó un hecho fortuito ocurrido en donde está el arroyo Maldonado, nombre que la recuerda: ayudó a una leona en trance de parir y el animal, agradecido, la salvó a su vez de morir bajo las garras de sus congéneres.

También ejemplo de valor es el de Mencía Calderón de Sanabria, a la que se nombró Adelantada en reemplazo de su marido muerto. En 1555 llegó a Asunción del Paraguay al frente de un grupo de mujeres tras sufrir incontables penurias, que duraron cinco años desde la partida de España. Fue tronco de ilustres familias por sus hijas Mencía, casada con Hernando Arias de Saavedra, primer gobernador criollo del Río de la Plata, y María esposa de Hernando de Trejo y Sanabria, fundador de la Universidad de Córdoba.

La segunda y definitiva fundación de Buenos Aires se produjo desde Asunción y vino una sola mujer, Ana Díaz, quien en el repartimiento de solares recibió uno de trescientas varas, ubicado en la esquina sudoeste de Florida y Corrientes, donde se dice que estableció una pulpería. Fue inmortalizada por el artista español José Moreno Carbonero en su cuadro *La fundación de Buenos Aires*, que se conserva en el Palacio Municipal.

## Después de la colonia

Muchas fueron las españolas que anduvieron por estas tierras, una de ellas muy especial pues adoptó vestimenta de hombre para vivir sus aventuras, en las que llegó hasta Tucumán. De allí tuvo que huir ya que le ofrecieron casamiento con niñas del lugar. Era Catalina de Erauso, «la monja alférez», que huyó del convento en España para hacer de América el escenario de sus andanzas. Esto ocurría en el siglo XVI y Catalina escribió sus memorias, tras volver al convento de España que había abandonado a los quince años.

Vinieron muchas españolas con el correr del tiempo, adaptadas a las nuevas tierras pero siempre fieles al espíritu de su raza. Sin proponérselo, infundían en el alma de sus hijas criollas la altivez, el sentido de libertad y el estoicismo ante los sinsabores. Dejó noble ejemplo la ma-

dre del general José de San Martín, doña Gregoria Matorras, nacida en España. Le tocó radicarse en las misiones jesuíticas por imposición de las tareas del marido, con quien se había casado por poder. Estaban instalados en Yapeyú cuando nació José Francisco, el futuro militar de brillante carrera. Esta mujer admirable, viuda, logró dar carrera a sus cuatro hijos varones. Cuando San Martín regresó a su patria, ya casada con Carlos de Alvear llegó otra española, Carmen Quintanilla, figura destacada junto a las patricias en los albores de la independencia.

Precisamente estas luchas generaron antagonismos entre criollas y españolas, vehementes unas y otras, por lo que chocaban violentamente, como ocurrió en Salta después de 1810 debido a la formación de dos bandos: las que defendían a la patria y las que eran devotas del rey. Superados los antagonismos iniciales, las españolas, con nobleza y talento, aportaron su esfuerzo al engrandecimiento del país y así se las vio, junto a las criollas, dedicadas a la beneficencia, a la educación y al arte.

Capítulo aparte merecen las humildes inmigrantes que, en busca de mejores horizontes, emprendieron la travesía hacia América junto a sus hombres, o solas, como aquellas mujeres de la conquista, valerosas y estoicas. Sus nombres no trascendieron pero trabajaron denodadamente para dar a sus hijos amor y educación.

## **Las españolas y el teatro**

La oleada de nuevos habitantes de la Argentina que se produjo en la segunda mitad del siglo XIX comprendió también artistas de teatro, de circo y cantantes. Muchos se quedaron en Buenos Aires y en otros puntos y formaron su familia, como el caso de la actriz Rita Carbajo. Arribada en 1860 como integrante de una compañía de comedias, gustó de inmediato al público porteño que la convirtió en uno de sus ídolos por su talento, belleza y elegancia. Tras varios años de tarea constante, estrenó la obra del autor argentino Martín Coronado *Luz de luna y luz de incendio*. Se casó con el empresario Berenguer y uno de sus nietos fue el destacado escritor y profesor Arturo Berenguer Carisomo. Interpretó el repertorio universal aclamada por el público, como cuando encarnó a la desdichada Violeta en *La dama de las camelias*, de Alejandro Dumas hijo. Falleció en Buenos Aires en 1919.

María Guerrero llegó al Plata por primera vez en 1897 con su marido, Fernando Díaz de Mendoza. Hizo después varios viajes, como el de

1907, año en que inauguró el Teatro Avenida. Su pasión por la escena y su reconocimiento hacia el público argentino le hicieron concebir la idea de levantar una sala de espectáculos que no tuviese igual en la Argentina ni en España. Estudió muchos proyectos y finalmente compró un terreno en Córdoba y Libertad donde se construyó el teatro soñado en el estilo de los palacios de Segovia y de Toledo. Encargó a su patria los elementos para la decoración y los muebles, en el más puro estilo renacentista. Lo inauguraron el 5 de septiembre de 1921 con *La niña Boba*, de Lope de Vega, que había estrenado en Buenos Aires cuando tenía treinta años. Esta vez, para estar a tono con su edad –cincuenta y cuatro años– la niña se convirtió en *dama boba*. Fue su última visita a Buenos Aires.

El cuplé, que cautivaba al público en las funciones del Teatro de la Ranchería ya a fines del siglo XVIII, tuvo hacia fines del XIX y comienzos del XX un renacer entusiasta gracias a las cantantes españolas que llegaron a nuestras tierras. Algunas fueron aceptadas por el público con entusiasmo, como ocurrió con Aurora Jauffret, «La Goya», Pastora Imperio, Raquel Meller, Luisa Vila, que estrenó «Mi noche triste» antes que María Luisa Notar, y otras cupletistas que pasaron temporadas más o menos largas aquí. Una de las más celebradas, aparte de que se quedó en Buenos Aires más de nueve años gozando siempre del favor del público, fue Teresita Maraval, conocida por su apodo de *Teresita Zazá*, «la Zazá». Se presentaba en las salas más importantes y había logrado atraer a sus espectáculos a las señoras, que en esos años se cuidaban mucho de asistir a teatros que no fuesen serios. Estuvo desde 1914 hasta 1923 y fue de las primeras en actuar en Mar del Plata, que se estaba convirtiendo en un centro importante de veraneo. Su interpretación de la manola popularizó aquello de «Hola, manola, manola, cualquiera te tose a ti», y se convirtió en saludo. Su fama en estas tierras llegó a ser mucho mayor que en la propia. Otra figura de la escena de esos tiempos, famosa por sus amores, fue «la bella Otero», Carolina Otero, que estuvo en 1903 dejando buen recuerdo.

En años posteriores otras cantantes vinieron a probar suerte, que siempre les fue favorable. *Tania*, pseudónimo de Ana Luciano Divis, llegó en 1925 para cantar cuplés. Había nacido en Toledo en fecha de la que hizo un estricto secreto y se quedó definitivamente. Se separó del marido y, al conocer a Enrique Santos Discépolo, formó con él una pareja, interpretando los tangos del famoso autor y actuando en teatros, cine y televisión. Murió en 1999, habiendo cumplido algunos años más del siglo. También vino a Buenos Aires Rosita Moreno, bailarina y ac-